

# E. MIRET MAGDA LENA

Con este título, la Editorial Católica Herder acaba de publicar un pequeño libro de 83 páginas que no tiene desperdicio.

El teólogo católico Herbert Haag, profesor de teología del Antiguo Testamento en la Facultad de Teología de la Universidad de Tübinga, es quien ha escrito esta divulgación para el gran público católico. Yo conocía a este autor por su Diccionario de la Biblia y por su excelente librito Evolución y Biblia, y tenía una inmejorable opinión de su acierto y de su finura intelectual. Pero ahora se ha reforzado esa opinión mía al leer despacio este pequeño libro que recomiendo a todos mis lectores.

Los católicos estábamos impresionados excesivamente por la idea de los "ángeles malos". Esas "criaturas inteligentes y puramente espirituales...", desterradas para siempre del paraíso y condenadas al infierno, que se llaman demonios, y que... pueden hacernos mucho mal en el alma y en el cuerpo". Así los definía el Catecismo Mayor, prescrito por el Papa San Pío X en 1905, para su uso en Roma, y que en España ha servido de enseñanza religiosa de muchos niños y adolescentes.

Sin duda Freud —entre otros— demostró que lo "demoníaco" existe entre los hombres, pero de ahí a suponer que se trata de esa maligna figura personal que nos tenía antes atemorizados a los católicos, hay un gran abismo. Abismo que trata de demostrar con razones católicas el profesor Haag.

Todavía suenan en mis oídos las palabras de muchos catecismos católicos explicados, en donde toda acción parapsicológica era atribuida al demonio. Y no digamos nada de los llamados fenómenos espiritistas, que, olvidando las opiniones de bastantes teólogos católicos, eran también atribuidos la mayor parte de las veces al diablo.

Ahora que ha vuelto a surgir nuevamente el asunto de las "caras de Bêlmez", hay en muchos católicos una reacción de temor difuso, pensando si todo aquello no tendrá carácter diabólico. Cuando lo más sencillo y lógico sería pensar primero en si realmente es un fenómeno científicamente comprobado —cosa a dudarse—, y después si este fenómeno no tiene una explicación natural, de tipo psicológico más o menos excepcional.

Pero vayamos al libro de Haag. La mayoría de los católicos que han creído en la clara personificación de lo demoníaco, y en su casi universal poder contra los hombres, se han basado en una lectura absolutamente ingenua de la Biblia. Se decían estos cristianos —porque no sólo los católicos conservadores pensaban así, sino también los protestantes— que si la Sagrada Escritura habla de Satanás, es señal de que el diablo es una realidad personal y maligna. Pero eso es precisamente lo que hay que preguntarse con seriedad. Porque no basta con que una cosa esté citada en la Biblia para que tenga todas las características de una realidad histórica. La cuestión es si estas afirmaciones "forman parte de la doctrina de fe obligatoria de la Iglesia o son únicamente elementos no obligatorios, pertenecientes a la idea del mundo propia del ambiente bíblico", como dice Haag.

Hace ya muchos años, con gran escándalo de casi todos los católicos, el teólogo protestante Bultmann resolvió esta cuestión con gran acopio de razonamientos científicos identificando esta figura con un mito. Pero ahora, lo que antes parecía tan peligroso y heterodoxo resulta que lo dicen en sus libros de divulgación al-

gunos teólogos católicos de gran seriedad, como es éste. Y comprobamos ahora, por ejemplo, que la figura de Satán descrita en el Libro de Job se parece muy poco a ese diablo clásico en los catecismos católicos que describían hasta hace poco. Más que un maligno enemigo de Dios, se trataba de un colaborador suyo que actuaba como acusador de los hombres, al modo del acusador que existía en los tribunales humanos de aquellas épocas del mundo hebreo.

Y si vamos al Nuevo Testamento, y en particular al Evangelio, nos daremos cuenta que "no se interesa por una figura de Satán en cuanto tal. Su mensaje, su buena nueva, dice más bien que el mal no puede ya campar por sus respetos sin traba alguna... Algunas aserciones de los Evangelios que, a primera vista, parecen confirmar la creencia de entonces en Satán en realidad la impugnan. Así cuando Jesús dice: 'veía a Satán caer del Cielo como un rayo'. Aquí se refiere Jesús, evidentemente, a la idea entonces todavía dominante de que Satán puede hacer algo en el Cielo, que tiene acceso a Dios para acusar a los hombres". Pero en realidad esta frase del Evangelio lo que pretende es lo contrario: "Jesús quiere acabar con esta idea,

## EL DIABLO, ¿UN FANTASMA?

No existe al lado de Dios la figura sombría de Satanás".

Y todo lo que se puede decir de esta figura del Antiguo Testamento llamada Satán, hay que aplicarlo también "al complicado mundo de los malos espíritus o demonios". Con esta frase de Jesús, y con otras muchas, "el Nuevo Testamento pone, evidentemente, empeño en reprimir la creencia en los demonios, tan prolífica en aquella época".

Tenemos, por lo tanto, que concluir, con este profesor católico, que "cuando el Nuevo Testamento opera con los conceptos de Satán, diablo, malos espíritus, demonios, en ellos se reflejan sencillamente, como ya lo hemos visto, concepciones condicionadas por el tiempo".

Lo extraño es que una idea que el mundo judío tiende a abandonar en forma personificada ya en tiempo de Jesús, después se haya desarrollado tanto dentro del cristianismo, llegando "a la categoría de tema central de su predicación y, consiguientemente, ha desfigurado en gran manera la buena nueva del Reino de Dios, convirtiéndola en una mala nueva, en un mensaje terrorífico sobre el diablo".

Incluso la palabra Lucifer no tiene ninguna base bíblica atribuible al espíritu diabólico de esta terrorífica predicación cristiana.

A todo ello se replica siempre que no creer en el diablo como figura personal y maligna conduce al abandono de la vida religiosa profunda, e incluso al abandono de la creencia en Dios. Pero quienes así piensan debían recordar

que cuando San Pablo dice en su carta a los de Efeso: "no deis lugar al diablo", lo que quiere significar es muy distinto de lo que se ha creído hasta ahora. Su sentido es "no perdáis la tranquilidad con creencias en el diablo, sino tomad en serio el pecado, tomad en serio la gracia" (H. Haag).

Es más importante estudiar científicamente las raíces de lo demoníaco en la sociedad actual, que aceptar infantilmente estas personificaciones que no conducen a nada, según este teólogo católico.

Lo más decisivo es buscar la raíz de todo lo negativo en el hombre y en la sociedad actuales: la agresividad, la violencia, la calumnia, la insidia, la morbosidad, la maliciosidad, el sadismo y el masoquismo. Todo ello es lo "demoníaco", y todo ello debe ser vencido no con una neurótica reacción de miedo ni de inquietud, sino con la fuerza de todo lo constructivo y positivo que está en la raíz misma del ser humano. Con eso que los cristianos llamamos "gracia", y los que no son creyentes llaman elementos constructivos de la estructura más profunda del hombre.

Si los hombres ayudásemos al diálogo, a la confrontación de opiniones, a la exposición de nuestras convicciones personales, y las pusiésemos sobre el tapete mutuamente, sin enfrentamientos agresivos, estaríamos en vías de conseguir una nueva sociedad. Pero, desgraciadamente, entre nosotros reinan la mala interpretación, el afán de lucha egocéntrica y todo aquello que separa en vez de unir en una meta mejor. Preferimos llamarnos culpables los unos a los otros que hacer el esfuerzo desprendido de buscar noble y sinceramente una solución a nuestros males.

En vez de aferrarnos a ideas anticuadas o despreciar el mensaje positivo de estas concepciones, lo que deberíamos hacer es "vencer al mal a fuerza de bien", como pide San Pablo, en una incansable tarea de confrontación de ideas, sentimientos e interpretaciones divergentes sobre las cosas humanas y religiosas, para intentar comprendernos mejor los hombres, en vez de atacarnos los unos a los otros, en una falta casi absoluta de comunicación personal y en un afán narcisista de tener siempre la razón por encima de cualquier consideración objetiva y desapasionada.

Todos hemos de reconocer que fallamos; pero, ¿podemos aquietarnos con echarnos en cara que no tenemos razón? ¿O debemos más bien intentar noblemente buscar lo que es más justo para todos y no sólo para uno? Todos podemos equivocarnos, pero todos debemos hacer un esfuerzo por superar nuestras equivocaciones y ayudarnos a superarlas.

Lo "demoníaco" es una realidad, no una fantasía propia de tiempos pasados. Es algo que llevamos todos dentro y, a veces, nos invade como una fuerza poderosa que envuelve nuestra actuación. Lo que muchos cristianos hemos superado —con el teólogo católico Haag— es que sea ya necesario vestir esa realidad con el ropaje de otras épocas culturales. ¿Quiere esto decir que la realidad demoníaca del mal y el peligro de su influencia no existan para el hombre? El hecho de que algunos pensemos que no es un personaje recortado y malicioso, sino otra realidad distinta, no invalida el mensaje que el Evangelio quiso transmitirnos y que la psicología de las profundidades ha redescubierto actualmente con palabras científicas y más ordenadoras. ■